

# 1

## Problemas en Tupelo Landing

Los problemas llegaron a Tupelo Landing exactamente cuando pasaban siete minutos de las doce del mediodía del miércoles 3 de junio, mostrando una placa dorada y conduciendo un Chevy Impala de color tierra. Casi antes de que el polvo se hubiera vuelto a posar en el suelo, Jesse Tatum estaba muerto y la vida en Tupelo Landing estaba patas arriba.

Que yo sepa, nadie se lo esperaba.

En cuanto a mí —Moses LoBeau, futura alumna de sexto de primaria— los problemas eran lo último que tenía en mente a las seis en punto de aquella mañana, cuando entré a hurtadillas en el porche delantero de Dale.

—Eh, Dale —susurré, pegando la cara a la mosquitera medio hundida de su ventana—. Despierta.

Él se dio la vuelta y se tapó con las sábanas.

—Vete —murmuré.

Su perra mestiza, Reina Isabel II —también conocida como Liz—, se desperezó bajo la hortensia que estaba en un extremo del porche.

En verano, Dale duerme con la ventana abierta, en parte porque le gusta escuchar a las ranitas de árbol y a los grillos, pero sobre todo porque su padre es demasiado tacaño para poner aire acondicionado en casa.

—¡Dale! —grité—. ¡Despierta! ¡Soy Mo!

Dale se sentó de golpe en la cama, con los ojos azules muy abiertos y el pelo rubio disparado en todas direcciones.

—¡Demonios! —exclamó, señalando vagamente hacia mí. Suspiré. La familia de Dale es baptista.

—No hay ningún demonio, Dale, soy yo —dije—. He venido a decirte que el coronel ha vuelto a casa y no está de humor para cocinar.

Dale parpadeó como un búho perplejo.

—¿Me has despertado por eso?

—Lo siento, Dale, es que hoy tengo que abrir el café.

—Ah —dijo, en tono de decepción, alargando la palabra hasta el suelo—. Pero llevamos un siglo planeando salir a pescar, Mo —añadió, restregándose los ojos—. ¿Y miss Lana? ¿No puede preparar unas crepes o algo?

—*Crepes* —corregí—. Es francés. Y no, no puede. Miss Lana se ha largado dando un portazo en cuanto ha entrado el coronel.

Soltó una palabrota con una voz suave como la brisa entre los juncos. Dale empezó a decir palabrotas el año pasado. Yo aún no las digo, pero tal y como van las cosas, puede que empiece en cualquier momento.

—Lo siento, Dale. Tendremos que ir de pesca otro día. No puedo dejar tirados al coronel y a miss Lana.

El coronel y miss Lana son lo más parecido que tengo a una familia. Si no fuera por ellos, yo no tendría hogar. A lo mejor ni siquiera tendría nombre. El destino me despojó de parientes, como dice miss Lana, y las Fuerzas Desconocidas me arrastraron hasta esta extraña vida que llevo.

La puerta de la habitación de Dale se abrió con un chirrido justo en ese momento, y su madre asomó la cabeza, con los ojos verdes aún medio cerrados por el sueño.

—¿Dale? —susurró, tapándose hasta el cuello con una desteñida bata rosa—. ¿Estás bien? No habrás tenido pesadillas otra vez, ¿verdad, cielo?

—Peor que eso, mamá —dijo en tono grave—. Mo está aquí.